

SEGUNDA PARTE.

Siguendo, Señores el espíritu de la Iglesia, cuento à San Buenaventura entre aquellos Santos Doctores, entre aquellas resplandecientes luces, que Dios ha suscitado en todos los siglos, para disipar las tinieblas del error, confundir à los Hereges, apagar los cismas, defender la verdad, y los dogmas impugnados, y la virtud despreciada, ò afrentada con culpables abusos, y para ser columnas de la Religión.

¿En qué parte del mundo no resplandeció este astro luminoso del Siglo XIII? ¿qué Escuela Católica, qué Universidad, ò qué Academia no admira, y aplaude sus escritos? Si se presenta en la Universidad de París, Escuela la mas famosa del orbe en aquel tiempo, y todos admiran su profundo talento, su vasta erudición, y los progresos que hace en todas las ciencias: si escribe, la Iglesia abraza sus Obras, y los Obispos, y Soberanos Pontífices las miran como sus delicias: los Reyes, y los Grandes, los sabios, y los sencillos, todos hallan en ellas una doctrina pura, un maná oculto, que alimentá el alma, una suavidad, y un fuego que la mueven, y abrasan: si es nombrado por la Iglesia, con Santo Thomás de Aquino, para trabajar en la grande obra de la reunion de los Griegos, ¿con qué zelo no acude inmediatamente al Concilio Ecumenico de Leon? ¿qué felicidades no proporciona en él à la Iglesia con su doctrina? ¿qué honores no recibe de todos los Padres congregados? Esta resplandeciente antorcha

de

de la Iglesia en todas partes ilumina: admirad, pues, Catolicos, en nuestro Santo un Doctór que enseña en la Universidad mas famosa del mundo; un sabio que escribe para la posteridad; un Padre de la Iglesia, que es como el alma de un gran Concilio; y una luz, que siempre resplandece con la pureza de su doctrina: *Lucerna lucens.*

San Buenaventura es la luz de su siglo, luz pura, y preciosa, que resplandece en los Claustros, en la Universidad de París, en la Corte, y en todo el universo: sus hermanos le eligen por su Doctór; la Universidad fia à sus talentos una Cathedra, en que se havian sentado los hombres mas eminentes de aquel siglo: San Luis, y la Princesa Isabel, le consultan, y le toman por su Director en el camino de la eterna salud; todas las almas piadosas, que quieren caminar seguras por las estrechas sendas de la perfeccion Evangelica, oyen las lecciones de este gran Maestro de espíritu: Buenaventura forma à un mismo tiempo Doctores, y Santos.

Con el beneficio de esta resplandeciente antorcha, unos penetran las santas obscuridades de la Escritura, examinan con respeto la profundidad de nuestros Misterios, y descubren los artificios de los Hereges: otros hacen extraordinarios progresos en la virtud, aspiran à la perfeccion, evitan los escollos, y las ilusiones de una perfeccion mal entendida, y todos, bajo la direccion de tan consumado Maestro, aprenden à conocer, y amar la Religión.

Pocas veces sucede, Señores, hallarse en un mismo hombre un talento soberano, con un corazón puro, y sencillo; pocas veces sucede poseer à

un

un mismo tiempo en la flor de la juventud los incomparables tesoros de la ciencia, y de la inocencia; pero este prodigio le admiró en San Buenaventura su siglo: al principio resplandece esta luminosa antorcha entre sus hermanos; todos le miran como à Maestro, y Oraculo: de sus labios, depositarios de la ciencia, salen unas palabras de fuego que abrasan los corazones; una suavidad, y una eficacia que los mueven; unas razones sólidas, y eficaces, que convencen à los entendimientos; un metodo claro con que pone à todos en estado de poder responder à las mayores dificultades, y defender los dogmas Catolicos contra los esfuerzos de la heregía, y de la incredulidad: los adelantamientos de los Discipulos son la mayor gloria del Maestro.

Bajo la direccion de nuestro Santo se forma un cuerpo de Sabios en la famosa Escuela de París; en este cuerpo se entabla una sucesion nunca interrumpida de Doctores célebres, y de zelosos defensores de la sana Doctrina; y hoy dia admiramos, Catolicos, esta misma sucesion, continuada en los sabios Maestros de la Sorbona, gloria de la Religion, y de las Ciencias.

Vedle, Señores, nombrado por la Universidad de París para suceder à Alexandro de Halés, y à Juan de la Rochela, en las Cathedras que con tan general aplauso havian regentado: entre los muchos sabios que aspiraban à este honor, San Buenaventura es elegido por unanime consentimiento de todos: es verdad que no llega à la edad que prescribe en sus Maestros aquella Madre de las Ciencias, pero sus

ta-

talentos suplen la edad: colocado en aquel lugar eminente, despide rayos de luz, y de doctrina, con que ilumina à todo el mundo; sus Discipulos le admiran, y levantan tréfeos à su profunda erudicion, y à su eminente santidad.

Los vivos rayos de esta luz penetran hasta la Corte de San Luis, de aquel Heroe, que fue honor del Trono Francés, por su valor, y sus virtudes, que como Constantino supo reynar él, y hacer reynar à su Dios; que defendió con un mismo zelo los intereses de su Corona, y los de la Iglesia; y que fue mayor por las victorias que consiguió contra sus pasiones, que por las que ganó contra los enemigos de su Estado.

Bien sé, Señores, que un Monarca piadoso no suele sacar mas fruto de sus virtudes, que formar hypocritas en su Estado; el ambicioso no omite medio alguno por llegar à conseguir los honores à que aspira; el hombre perverso se pone la mascara de la virtud, quando conoce que el Principe solamente ama à los virtuosos; y dá muestras de trabajar en el edificio de su salvacion, quando solamente piensa en levantar el de su fortuna.

Pero el Rey, que con su exemplo obliga al vicio à ocultarse, que solo hace estimacion de la virtud, que elige para sus favorecidos à los que mira como santos, y que procura apartar de su Trono à los aduladores, y perversos, es digno de los mayores elogios: estos meritos alegaba el Rey David al Señor, hablando de las personas que componian su Corte, y estos mismos meritos podia alegar San Luis, para el gobierno de sus Estados, eligió siempre va-

Tom. IV.

F

ro

rones sabios, prudentes, y religiosos; y para el servicio de la Religion, y de su culto, se valia de hombres doctos, virtuosos, y apostolicos, como un Santo Thomás de Aquinó, y un San Buenaventura.

Pero San Buenaventura fué quien con mas especialidad mereció su confianza, nombrándole por su Director, y Maestro en el camino de la perfeccion, en la que hizo heroycos progresos; compuso nuestro Santo para aquel piadoso Monarca varias obras espirituales, en las que cada palabra es una centella de fuego celestial, que abrasa los corazones en el amor de Dios.

La Princesa Isabel se valió tambien de los consejos de San Buenaventura, quando se dedicó à fundar la célebre Abadía de Longchamp: deseaba esta Princesa mitigar en parte los rigores de la primitiva Regla de Santa Clara, para que viviesen bajo esta Regla las virgenes que intentasen consagrarse à Dios en aquella Abadía; y San Buenaventura, por orden del Soberano Pontifice, forma un nuevo plan, en el que sin alterar el espíritu de la Regla, se acomoda à la humana flaqueza: la Santa Silla aprueba este nuevo plan, è inmediatamente se levanta un nuevo asylo à la virtud en aquel desierto: la piadosa Princesa junta muchas virgenes virtuosas, à las que edifica con su exemplo, y acaba alli sus dias con una muerte preciosa à la vista del Señor, y digna del culto de la Iglesia.

¿Alcanzaria, Catolicos, menos prudencia, menos sabiduria, y menos experiencia en la direccion de las almas, para suavizar los santos rigores de la Regla de Santa Clara, con unas mitigaciones que

to

F

.VI. mo. F. en

en nada se opusiesen à la sólida piedad, que nunca entiviasen el fervor de las virgenes consagradas à Jesu-Christo, ni pudiesen servir de motivo de murmuracion à los espíritus severos, y rígidos? no por cierto: para tan ardua empresa era necesario todo un San Buenaventura.

La ciencia de nuestro Santo estaba señalada con los caractéres del agrado, de la piedad, y del amor divino; en ella resplandecía la fuerza del discurso, lo sublime de su talento, la claridad de las pruebas, las riquezas de la eloqüencia, y la mas acertada eleccion de quanto hasta entonces havian dicho los Santos Padres, tanto para hacer amable la virtud, como para impugnar el vicio, y defender los dogmas de la Fé: en sus Obras resplandece una profunda erudicion, junta con una doctrina pura, y celestial, por lo que han merecido los elogios de todos los sabios, y la aprobacion de la Iglesia, la que le ha colocado en el numero de sus Santos Doctores, y le mira como antorcha del Siglo XIII.

Este sabio tan singular es, Catolicos, el objeto de vuestra admiracion, y de vuestro culto; sus obras están selladas con el sello de la ciencia, y de la mas eminente santidad: los Soberanos Pontifices, las mas célebres Universidades, y los hombres mas doctos, las veneran como un tesoro de luz, y de doctrina, en donde sabios, è ignorantes, hallan que aprender, y que admirar: bastará proponeros una sucinta idea de las obras de San Buenaventura, para que no dudeis de que fue un sabio piadoso, un sabio util, y un sabio exactísimo en la doctrina.

Pocas veces sucede, Señores, el juntarse una

-pa-

F 2

vir-

virtud sólida, con un talento sublime; la virtud parece que hoy está reservada para los ignorantes; el sabio al mismo tiempo que adelanta en la ciencia, desprecia la virtud; desvanecido con los talentos que le elevan sobre los demás hombres, no se avergüenza de entregarse à unos excesos, que le hacen muy inferior à ellos, y consagra al Demonio unos dones que para bien del universo ha recibido del Dueño Soberano de todo lo criado.

Todos los dias estamos llorando, Catolicos, esta desgracia; los sabios de nuestro siglo, suelen ser afrenta de la virtud; ¿qué uso hacen de su eloqüencia, de su estilo, de aquella gracia que tienen para ganar los corazones, y del arte con que saben pintar las inclinaciones, y flaquezas de los hombres? ¿qué uso hacen de su profunda erudicion en las Historias, Sagrada, y profana? ya lo vemos, Catolicos; emplean estos dones que han recibido del Padre de las luces en componer obras satyricas contra la verdadera devocion, en las que solamente se hallan incentivos para las pasiones, y elogios de los Apostoles de la sensualidad, y de los Heroes del vicio: este, Señores, es el funesto efecto de las infinitas obras que produce nuestro siglo, las que son tan acomodadas al gusto que hoy reyna; los Autores de estas obras son celebrados, y aplaudidos en la Republica de las letras, y mirados como Oraculos entre los Christianos.

La eloqüencia de San Buenaventura, no tenia menos atractivos, y gracias que la de estos sabios del siglo; pero siempre la consagró à la virtud: leed, Señores, sus Obras, y con especialidad las que com-

puso en honra de los trabajos de Jesu-Christo, y de las virtudes, y prerrogativas de su Santisima Madre, y en todas ellas admirareis un corazon abrasado en el fuego del divino amor, y unas expresiones nacidas de la mas sublime piedad.

Un sabio virtuoso es, Señores, un don del Cielo muy util para los hombres; es luz que ilumina, tesoro que enriquece, rio de donde corren aguas saludables, que riegan las tierras áridas, y zeloso defensor de la virtud, y de la verdad; tal fue San Buenaventura; Guillermo de San Amor, y Gerardo de Abbeville, se declaran enemigos de la pobreza del Salvador; estos Doctores publican unas obras llenas de odiosas maximas, y de principios erroneos contra la pobreza voluntaria; San Buenaventura se encarga de responder à ellas, y lo hace con tanta eficacia que quedan confundidos sus enemigos: el Soberano Pontifice admira, aprueba, y elogia su Obra de la pobreza de Jesu-Christo, y al mismo tiempo condena los escritos de aquellos sabios sobervios.

San Luis dá un público testimonio, que durará tanto como los siglos, del aprecio que hace de las Obras de San Buenaventura, mandando que se quemem públicamente en la Capital de su Reyno las que havian publicado los enemigos de la pobreza del Salvador.

Nuestro Santo explica en sus Obras el enlace que entre sí tienen las virtudes de la Religion, responde à las mayores dificultades, disipa todas las dudas, abate la altivéz de la ciencia humana, y destruye todos los falsos sistemas; leed, Señores su explicacion de la Obra de los seis dias, y quedareis

convencidos de mi verdad: los Soberanos Pontífices le consultan, y desean tenerle cerca de sí para aprovecharse mejor de sus luces; todos los siglos le miran como un sabio util, pues enriquecida la Iglesia con sus Obras, halla en ellas armas para defenderse, y quedar victoriosa contra la heregía, y el libertinage.

Si me preguntais, Señores, cómo pudo San Buenaventura, hombre contemplativo, y encargado del gobierno de su Orden, llegar à adquirir tanta ciencia, os responderé lo mismo que él respondió al Angelico Doctor Santo Thomás, haviendole hecho semejante pregunta: la alta ciencia que admirais, la aprendió al pie de la Cruz; Jesu-Christo Crucificado fue su Maestro; y el que, con San Pablo, solamente estudié à Jesu-Christo Crucificado, excederá en ciencia à todos los sabios del mundo: de este Divino Maestro aprendió San Buenaventura la doctrina pura, y orthodoxa que aprobó la Iglesia, y admira la Christiandad.

La mayor gloria para un sabio, que escribe en materias de Religión, es la aprobacion de la Iglesia; desgraciados de aquéllos que quieren hacer ostentacion de su saber con unas obras que se oponen à la sana doctrina, y que destruyen en vez de edificar: ¿podrán compararse los laureles con que algunas Sociedades literarias de Alemania han coronado las impías Obras de Lutero, con los justos elogios, y sólida gloria que tributan la Iglesia universal, y los Soberanos Pontífices à las de San Agustin? Nosotros estimamos, y reverenciamos la doctrina de San Agustin, por estar recomendada, y apro-

aprobada por la Iglesia, y miramos con horror la de Lutero, por estar condenada por la misma.

Alabo, Señores, la doctrina de San Buenaventura, porque es justamente la de la Iglesia Catolica; esta resplandeciente luz jamás padeció el menor eclipse; nunca la ofuscaron las nuves del error, ò de la novedad.

Paso en silencio los magníficos elogios que tres Sumos Pontífices tributaron à esta doctrina, mandando que ella sola, con exclusion de todas las demás, se enseñase en las Escuelas del Orden Serafico: pasó en silencio, que uno de estos Vicarios de Jesu-Christo, cuyo talento, y sabiduria igualaba à su dignidad, y cuyo nombre basta para su elogio, Sixto V. para dar à entender el singular aprecio que hacia de las Obras de San Buenaventura, hizo una diligentísima coleccion de todas, y una edicion correspondiente al respeto con que las miraba: pasó tambien en silencio, que estas Obras fueron propuestas como Oraculos de la Fé, y como compendio de la doctrina de la Iglesia en el Concilio Ecumenico de Florencia, à que asistieron los Griegos.

Los Antoninos, los Sixtos, los Gersones, los Santos, los sabios, y los criticos, todos han hecho extraordinario aprecio de estas Obras: todos confiesan su utilidad, y confiesan haver sido su Autor, luz de su siglo, y antorcha que servirá de guia mientras dure el mundo, à los que caminamos por esta obscura noche de la vida.

San Buenaventura, y Santo Thomás de Aquino, eran, Señores, los dos astros que resplandecian en

la

la Iglesia quando ésta se hallaba afligida con la relajacion de las costumbres de sus hijos, con la opresion que padecian los Christianos en Palestina, y con el cisma de los Griegos: Gregorio X. funda todas sus esperanzas en estos dos hombres eminentes: conoce su zelo, y sus talentos: Santo Thomás de Aquino havia ya refutado los errores de los Griegos Cismaticos en una Obra célebre, que compuso à este intento: San Buenaventura se disponia tambien à tratar esta importante materia: estas dos antorchas de la Iglesia estaban destinadas à resplandecer en el Concilio General, que el Sumo Pontifice havia convocado para la Ciudad de Leon; pero, ¡oh adorables secretos de la divina providencia! una de estas dos luces se apaga en el camino: la Iglesia queda privada del Doctor Angelico, que havia sido su gloria, y su consuelo; las Escuelas Catolicas pierden su Oraculo, y el mundo Christiano el exemplar de todas las virtudes: nuestro Santo Cardenal llegará solo al Concilio; será el alma, y el Oraculo de aquella santa Junta; y aquel lugar tan memorable, por los triunfos que en él consiguió la Iglesia Catolica, será su sepulcro; pero antes de que este resplandeciente astro se eclipse, los Griegos Cismaticos quedarán iluminados, y reunidos; los Padres del Concilio, los Principes, los Reyes, y los Griegos reunidos, levantarán trofeos à la santidad, à la prudencia, à la eloquencia, y à la sabiduria de nuestro santo, y éstos serán el adorno mas magnifico de su sepulcro.

Al contemplant, Señores, los resplandores de aquella augusta asamblea, me faltan voces para

con-

concluir mi discurso; alli se controvierten los puntos mas importantes de la Fé, y de la disciplina; nuestro Santo Cardenal ocupa un puesto muy distinguido entre todos los Padres; sus palabras se miran como oraculos; se confunden los cánticos de alegria, con las lagrimas, y llantos, y se abre el sepulcro que le ha de encerrar, en el mismo lugar en que sus distinguidos meritos le preparaban un Trono.

¿Quereis saber, Señores, la estimacion que de San Buenaventura hizo este Concilio Ecumenico? pues miradle sentado à la derecha del Supremo Gefe de la Iglesia, ocupando el principal lugar despues del Sumo Pontifice, que presidia en él: ¿quereis saber las gloriosas acciones que practicó en este Concilio? pues miradle à un mismo tiempo Orador, Doctor, y defensor de la unidad de la Iglesia: dos veces predicó en él, y ambas se mereció los mas singulares elogios de aquellos sabios, por su eloquencia, y doctrina.

¿Què penetracion, què solidéz, què talentos no manifestó en las conferencias que tuvo con los Padres Griegos! ¿quién hizo ver jamás con mayor magnificencia las promesas de Jesu-Christo à su Iglesia? ¿quién supo ganarse los corazones, y los afectos de todos con tanta generalidad como nuestro Santo? juzgado, Señores, por sus felices sucesos.

Los Griegos reunidos se confiesan vencidos, y la victoriosa afabilidad de San Buenaventura los liga al carro triunfal de la Iglesia; y despues de haver cantado las alabanzas de nuestro Santo Cardenal, cantan con los Padres del Concilio, y los ilus-

Tom. IV.

G

tres

tres Condes de Leon, el Symbolo de la Fé, repitiendo tres veces con ellos, que el Espiritu Santo procede del Padre, y del Hijo.

¡Oh Iglesia, oh Esposa de Jesu-Christo! alegrate, pues ya no habrá en adelante mas que un solo Pastor, y un solo rebaño: ¿pero qué veo, Catolicos? esta santa alegría se muda repentinamente en un luto universal: esta columna de la Iglesia cae en tierra, y esta luz se apaga quando despedia mayores resplandores: Buenaventura pasa à la feliz morada de la eternidad, acompañado de sus buenas obras: Gregorio X. baña su sepulcro con sus lagrimas: todos los corazones se hallan poseídos de universal tristeza; el Cardenal de Ostia hace el elogio de sus virtudes en presencia de los Altares, y los Principes de la Iglesia, y del Estado, llevan al sepulcro los sagrados despojos de su mortalidad.

Consuelate, afligida Esposa de Jesu-Christo: este lugubre aparato se mudará muy presto: Dios, que tan admirable es en sus Santos, hará que resplandezca su poder en la misma mansion de la muerte; y manifestará la gloria de su Siervo, obrando por medio de su intercesion extraordinarios prodigios.

Leon, y aquella ilustre, y antigua Iglesia de las Gaulas, sin olvidarse de los Photinos, e Irénos, levantará trofeos à la gloria de San Buenaventura, le colocará en el numero de sus Apostoles, todos los años celebrará sus virtudes con la mayor pompa, y magnificencia, y estos anuales cultos serán público testimonio del amor que la Ciudad de Leon profesa à nuestro Santo.

Felíz yo, Señores, si al mismo tiempo que he expuesto à vuestra vista esta resplandeciente antorcha, he conseguido abraçar vuestros corazones en amor divino, è ilustrar vuestros entendimientos con las verdades de la Religion: la inocencia de costumbres, y vuestra sumision à las ordenes de la Iglesia, son los medios para que seais agradables à la vista del Señor, y para que consigais la corona que tiene reservada para la fé, y buenas obras, en la eterna bienaventuranza. *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE LA FESTIVIDAD

del Escapulario de nuestra Señora

del Carmen.

Rationabile obsequium vestrum: Rom. 12.

Vuestro culto debe ser racional.

¡Qué promesa mas magnífica, ni de mayor consuelo, Catolicos, que la que en otro tiempo hizo la Reyna del Cielo à aquel famoso General del Orden del Carmelo San Simon Stok, en aquella célebre aparicion, en que vistiendole el Santo Escapulario, le aseguró que este precioso Habito seria para él, y para todos los que le vistiesen, señal de salud, defensa en los peligros, divisa de la predestinacion, y prenda de una alianza, de una paz, y de una union indisoluble, y eterna! *Signum*